A través de mis manos

Lucero

Capítulo 1

A través de mis manos

“El despertar”

Todos hemos deseado morir alguna vez en nuestra vida, realmente no creo ser el único al que le pase ese pensamiento por la cabeza, ¿Cierto? O los tenía… Hasta que “ellos” llegaron, después de eso lo único que podía hacer era observar desde las sombras, como el paso del tiempo pasaba a través de mis manos, no podía hacer nada, me sentía desconcertado, enojado furioso conmigo mismo… Desde ese día... Ese maldito día llevo toda mi vida a la basura, todo iba de mal a peor y yo no podía hacer nada para remediarlo, ¿Si te contara mi historia, me creerías?

Todo comenzó un viernes por la tarde, eran las siete o quizá las ocho, como era habitual mi novia Helena y yo, estábamos viendo una película en nuestro cuarto, los dos estábamos recostados en la cama, con el televisor frente a nosotros, su destello intermitente llenando la habitación de una luz suave y difusa. Helena reposaba su cabeza en mi brazo, aunque ya comenzaba a sentirlo adormecido por el peso. A nuestro alrededor, el delicioso aroma de palomitas recién hechas flotaba en el aire, envolviéndonos en una esfera de confort y tranquilidad. La película empezaba a desplegarse en la pantalla, susurros y murmullos de los personajes llenando la habitación.

La calidez de la habitación nos acogía como un abrazo, mientras el viento nocturno acariciaba nuestra piel a través de la ventana entreabierta. La luz plateada de la luna se filtraba suavemente, pintando destellos en las cortinas que ondeaban con gracia. Todo contribuía a crear un momento perfecto, una burbuja de intimidad junto a Helena.

A pesar de que la oscuridad envolvía el resto del espacio, la claridad de la luna y el resplandor del televisor nos proporcionaban una sensación de refugio y seguridad en aquel pequeño rincón de nuestro mundo.

El olor a palomitas, la calidez de la habitación, el viento reconfortante que entraba por la ventana, la luz de la luna... todo era perfecto. Pero entonces, algo inusual sucedió. al paso de unos segundos mis ojos se cerraron y mi cuerpo dejo de responder, no sentía ni escuchaba nada, al abrirlos no veía nada, silencio absoluto, un sentimiento de la nada, oscuridad y un frío absoluto, me encontraba en la nada, no sabía si mis ojos estaban abiertos o cerrados, no tenía ni idea de lo que pasaba ni donde estaba, con mucho temor cerré los ojos esperando a que todo fuera un feo sueño, una Maldita y estúpida pesadilla que pareciera no tener fin.

-Alfredo…- A lo lejos escucho una dulce voz, una cálida voz que decía mi nombre…

-¡Si esta es una p*ta broma, es de muy mal gusto!- grite con una desesperación inmensa, pero no hubo respuesta alguna.

Tras unos segundos lo único que pude escuchar fue… mi nombre fue lo único que pude escuchar. Las palabras que resonaban a mi alrededor eran como ecos de un idioma desconocido, extrañas y enigmáticas. No tenían ningún significado para mí, eran como un murmullo lejano que flotaba en el aire cargado de misterio. Sin embargo, lo que realmente me impactó fue el tono con el que pronunciaban mi nombre. Era un tono cargado de una tristeza profunda, una tristeza que se filtraba en cada sílaba y que resonaba en lo más profundo de mi ser. No podía comprender el porqué de esa melancolía, pero estaba allí, palpable y penetrante.

Al abrir mis ojos me encontré en una habitación blanca, una blancura que parecía no tener fin. Era como estar inmerso en un océano de luz, una luminosidad que cegaba y desorientaba mis sentidos. Mi visión aún no se había adaptado completamente, todo era una borrosa mezcla de formas y sombras, como si acabara de despertar de un sueño profundo y mi mente luchara por volver a la realidad.

Pude percibir siluetas que se dibujaban en la penumbra blanquecina que me rodeaba. Yacían a mi alrededor, como guardianes de un mundo desconocido que se revelaba ante mis ojos. Entre esas sombras, distinguí a una mujer de cabello dorado, un dorado tan puro y brillante que parecía estar tejido con hebras de oro mismo. Sin embargo, era lo único que pude distinguir, ya que a su alrededor una luz radiante la envolvía, una luz que la hacía parecer etérea, como si fuese una aparición en medio de aquel resplandor.

Su voz era un bálsamo cálido y acogedor que envolvía cada rincón de mi ser. Cada palabra que pronunciaba resonaba en mi alma, aunque el significado de esas palabras me resultaba completamente ajeno. Era como si su voz hablara un lenguaje universal que trascendía las barreras lingüísticas, llegando directo a mi corazón.

Pero había algo extraño en todo aquello. A pesar de la calidez de su tono, percibí un destello de enojo, como una llama fugaz que danzaba en sus ojos. Un enojo dirigido hacia mí, aunque no podía comprender por qué. Aquel destello provocó un escalofrío que recorrió mi espina dorsal y me impulsó a cerrar los ojos, como si temiera lo que pudiera descubrir en su mirada.

En la distancia, entre la niebla de mis pensamientos, escuché un llanto. Un llanto desgarrador que resonaba como un eco en la inmensidad de aquel espacio blanco. Al abrir los ojos de nuevo, me encontré de pie frente

al televisor, con la sensación de que el tiempo se había desvanecido como arena entre mis dedos. Supuse que todo aquello no era más que una estúpida pesadilla, una quimera que se desvanecería al despertar. Pero el enojo y la frustración llenaron mi ser al darme cuenta de que me había perdido el final de la película, ese desenlace que tanto ansiaba ver.

De tras de mí se escuchaba un lamento seguido de llanto. Un sonido desgarrador que resonaba en el silencio, como el eco de un corazón roto que se negaba a callar.

-Ja, ja, ja ¿En serio vas a llorar por esto? ¿Solo porque todos mueren al final? Ja, ja, ja- grité mientras reía en voz alta, mientras giraba para reírme en su cara.

Al darme completamente la vuelta, una ola de horror me invadió al comprender la devastadora realidad que se desplegaba ante mis ojos. El corazón latía furiosamente en mi pecho, sus latidos resonaban en mis oídos como un tambor desenfrenado. Helena, mi dulce Helena, estaba arrodillada junto a mi cuerpo inerte, sus sollozos desgarradores llenaban la habitación de una tristeza que cortaba como un cuchillo afilado.

El brillo de sus ojos empañados por las lágrimas chocaba contra la inmóvil quietud de mi forma. Su mano temblorosa se extendía hacia mí, anhelante de sentir, aunque fuese el más mínimo signo de vida. Pero mi cuerpo permanecía inmutable, como una estatua de mármol frío e insensible a sus desesperados llamados.

La risa que había brotado en un momento de desconexión se desvaneció en el aire cargado de tristeza y terror. La realidad se volvía grotesca y macabra, como si de repente me hubiera sumergido en el escenario de una película de horror. Me sentía atrapado en una pesadilla sin fin, en una dimensión donde la cruel ironía se imponía con fuerza.

Las risas y el juego habían dado paso a una escena de desesperación y dolor. Mis piernas se movieron instintivamente hacia Helena, corriendo sobre el suelo de la habitación en una urgencia desenfrenada. Cada paso resonaba en el silencio opresivo, cada milímetro que me acercaba a ella era como un eco de mi impotencia.

-por favor, despierta! –la voz de helena temblaba, llena de súplica y desesperación. Me lance a abrazarla, pero mis manos se encontraron con el vacío, como si la realidad se negara a aceptar mi contacto…no podía creer lo que estaba sucediendo.

El tiempo parecía estirarse en un interminable segundo. La sensación de irrealidad se apoderó de mí, como si estuviera atrapado en un sueño oscuro del que no podía despertar. La habitación, una vez acogedora, se había transformado en un sepulcro de silencio roto solo por los sollozos de

Helena y mis propias exclamaciones desesperadas.

-¡To-todo está bien amor, estoy bien, yo estoy aquí! - Grité, mi voz temblorosa se mezclaba con el eco de la habitación. Extendí mis manos hacia una vez mas, en un intento desesperado de hacer contacto, pero su rostro pareció evaporarse entre mis dedos, como un espejismo que se desvanece en el ardiente desierto.

Un grito ahogado se escapó de mis labios, horrorizado ante la cruel realidad que se imponía ante mí. Mis manos, ahora vacías, temblaban como hojas en el viento. Quise romper el silencio que nos rodeaba, quise romper la fría barrera que me separaba de Helena. Tomé la lámpara con furia, la levanté en el aire y la dejé caer con un estruendo sordo que resonó en la habitación. Pero ella no se inmutó, no se percató de mi presencia.

Mis golpes se volvieron más frenéticos, como si el impacto pudiera atravesar la barrera invisible que nos separaba. Golpeé el televisor, la cama, cualquier cosa que pudiera sentir mi desesperación. Pero todo era en vano. Helena continuaba aferrada a mi cuerpo inerte, ajena a mi lucha desesperada.

El sonido de mi propia impotencia llenaba la habitación, un coro de frustración y dolor que se mezclaba con los sollozos de Helena. Era una sinfonía de desesperación, una danza macabra en la que yo era el único espectador, condenado a ser invisible en mi propio tormento.

-¿Qué hice para merecer esto? - Grité con un odio… una desesperación, como si las palabras pudieran desgarrar la realidad que me aprisionaba. Sin embargo, el silencio persistió, cruel e implacable, sin ofrecer ninguna respuesta. Mis palabras se perdieron en la habitación, flotando como ecos vacíos en un espacio sin fin.

Un silencio invadió la habitación, lo cálido de esta se tornó frío y hostil, helena dejo mi cuerpo para encender la luz y llamar al número de emergencia, pero como si de una escena de suspenso se tratase mi cuerpo empezó a toser, dando así señales de vida, como si se hubiese ahogado y recobrara la conciencia, mi novia tiro su celular y volvió para ver como “me encontraba” a los pocos segundos “esa cosa” abrió los ojos, mi novia empezó a gritar de felicidad, se abalanzó hacia mi cuerpo… pero lo que está en mi cuerpo, no era yo.

Después de todo ese alboroto ocasionado por “él”, como por gracia o castigo divino, no podía hacer nada más que observar horrorizado tal escena que pasa delante de mí, pese a mis esfuerzos y gritos desgarradores, no hacer notar mi presencia, por más que lo intentase, pareciera que esta escena de horror jamás llegaría a su fin. Tras pasar unos minutos helena se había quedado dormida en mi regazo, como si de

una niña pequeña se tratase se quedó dormida después de mucho llorar… pero tal escena sacada de una película de terror no tenía fin, la persona que debería estar ahí con ella soy yo, pero un intruso estaba en mi cuerpo haciéndose pasar por mí… en ese momento, yo solo quería desaparecer.

Con mi último aliento de valor y coraje antes de caer en el llanto, grite…

-¡¿Qué hice para merecer esto?! ¡¿No merezco este maldito sufrimiento?! Si estoy muerto házmelo saber, pero no me tortures de esta p*ta forma ¡¿Qué hice para merecer esto?!- Grité de forma desesperada, pero…

-"¿Qué hiciste?" - Me respondió "esa cosa" con un tono que helaba el aire, sus palabras resonando como un juicio imperturbable. Su mirada era un abismo de desapego, sus ojos, afilados como los de un depredador acechante o los de un animal rabioso, penetraban en lo más profundo de mi ser. Sin embargo, en medio de esa mirada gélida, algo estaba descolocado.

En las sombras de su aparente crueldad, percibí un destello de tristeza y compasión, como si detrás de esa fachada de indiferencia y desdén, se ocultara una comprensión que iba más allá de mi propia percepción en ese momento. Era como si en el fondo de su ser, existiera un eco de empatía por mi sufrimiento, aunque permaneciera oculto tras la máscara de indiferencia y desprecio.

-"Te dieron tanto tiempo para cambiar, pero ni siquiera lo intentaste"-, continuó, su voz resonando en la habitación como un eco cargado de sentencia. -"Te brindaron la oportunidad de reflexionar sobre tus actos, pero persististe en ser alguien inmutable. Este es tu castigo"-.

Tras sus palabras, la habitación se sumió en un silencio sepulcral. A pesar de mis preguntas y mis esfuerzos desesperados por hacerme notar, parecía que a sus ojos, yo ya no era más que una sombra en la penumbra. Mis gritos resonaban en el vacío y mis golpes no encontraban eco. Todo pasaba a través de mis manos, como si estuviera destinado a ser un mero espectador impotente de mi propia tragedia.

Fin del

Capítulo 1

Capítulo 2

“El Deseo Cumplido”

Han transcurrido varios días desde la llegada de "él". En mi mente, no es más que un demonio, una presencia maldita que ha venido a arruinar mi existencia, de eso estoy seguro. Desde su llegada, todo ha sido una sucesión de desdichas. Al día siguiente de aquel encuentro con la extraña mujer en la blanca habitación y su irrupción en mi vida, como si eso no fuera suficiente, Helena me abandonó. Empacó sus cosas y se marchó, acusándome de inmaduro y tachándome de escoria por jugar con la muerte como si fuera una broma de mal gusto. ¿Jugar con la muerte? Si tan solo supiera lo que realmente estoy experimentando, que las palabras que le reclamo no provienen de mí, sino de él, de esa cosa, de ese demonio maldito. Ese "falso yo" no pronunció una sola palabra para impedir que ella se fuera, solo la observaba con una sonrisa malditamente falsa, como si no le importara en lo más mínimo...

Helena irrumpió en una tormenta de palabras, su voz cargada de furia y desesperación. Arrojaba todo lo que encontraba a su alcance, mientras su mirada ardía en cólera.

-¡¿En qué diablos pensabas?! ¡Eres un maldito idiota inmaduro! ¿Cómo pudiste hacerme una p*ta broma como esa? - Su voz temblaba de indignación, mientras arrojaba todo lo que encontraba a su alcance.

El silencio que siguió fue sepulcral. "Él" permanecía impasible, su rostro inescrutable, como si la tormenta de Helena no hubiera llegado a perturbarlo.

-¡No te vayas! - mi voz estalló en un grito de desesperación. -¡No ves que estoy aquí frente a ti! Ese no soy yo, ¡es un impostor! ¿No lo ves? ¡Por favor, escúchame! - Las palabras escaparon de mí teñidas de un odio que, en el fondo, se dirigía a mí mismo. Mis ruegos se perdieron en el umbral, mientras la puerta se cerraba inexorablemente tras ella. Fue mi último grito, ahogado por lágrimas silenciosas.

La voz de "él" surgió de la nada, como un eco frío en la habitación ahora vacía.

-Cada acto conlleva una consecuencia - su tono era cortante, sus ojos me escrutaban como si estuviera frente al ser más despreciable de la existencia. Pero en su mirada, no veía a nadie más que a mí.

-¿Qué? - exclamé entre lágrimas y sollozos, incapaz de comprender del todo sus palabras.

-No importa si se trata de un animal o una persona, todo en el mundo y en el universo entero tiene un equilibrio, que tarde o temprano se restablecerá-. Con un tono que era hostil y su mirada, gélida. Como si estuviera observando a la peor persona del mundo, aunque yo era el único en su campo de visión.

Después de eso, solo quedó un inquietante silencio. No tenía ni la menor idea de por qué dijo eso ni a qué se refería. Los días han pasado desde entonces, pero a sus ojos, soy solo una sombra, una mancha en la pared, una hormiga insignificante a la que no presta atención. No tengo ni idea de qué será de mí, ni qué demonios hacer. No sé si estoy muerto y esto es el infierno, o si es simplemente una pesadilla que parece no tener fin.

Después de eso, solo reinó el silencio. No tenía ni idea de por qué había dicho esas palabras ni a qué se refería con eso. Los días pasaban, pero ante sus ojos, yo era simplemente una sombra, una mancha en la pared, una figura insignificante que él ignoraba por completo. Me sentía impotente, sin saber qué hacer, preguntándome si estaba muerto y si todo esto era un infierno sin fin o simplemente una pesadilla interminable.

El torrente de preguntas inundó mi mente. ¿Cuántas personas habrían pasado por algo así? ¿Qué había hecho para merecer esto? ¿Era esto lo que ocurría después de la muerte? Pronuncié en voz alta mis inquietudes, tratando desesperadamente de obtener alguna respuesta, pero mis esfuerzos eran en vano. Para él, yo no existía. Mi hogar se sentía extraño, como si hubiera cambiado por completo. Limpiaba cada dos o tres días, asistía al trabajo y se encargaba de las tareas domésticas sin mostrar el más mínimo defecto.

-¿Quién demonios limpia y barre con tanta frecuencia? La ropa puede usarse más de una vez si no está demasiado sucia, ¿no crees?- comenté en tono burlón y sarcástico.

-Quizá eres solo un patético sin ganas de hacerlo, o tal vez esperas que Helena vuelva a hacerlo por ti, ¿no? No me sorprendería- respondió en tono serio, como si me estuviera reprendiendo y echando en cara algo.

-¿Qué diablos quieres decir? ¡Maldito engendro!- grité con una ira inmensa, pero después de mi grito todo volvió al silencio absoluto.

Pasaron uno o dos días sin que me dirigiera la palabra. Sin embargo, algo era extraño. Era miércoles y ya habían pasado varios días desde que él llegó. Desde el lunes, no había salido al trabajo. Eran las 10:27 am y lo encontré viendo la televisión en la sala. Incluso había preparado

palomitas. Me senté a su lado para ver lo que estaba pasando. “Este cuerpo no es mío” estaba siendo transmitida. ¿Irónico, no crees?

-Oye, la comida casi se acaba- mencioné en voz alta, aunque yo no necesitaba comer. Solo quería obtener más información o ganarme su confianza.

-…- Pero por su parte, solo hubo silencio absoluto, su mirada fija en el televisor.

-¿Vas a salir de compras? Así puedo ver el mundo exterior- sugerí en tono amigable, como si estuviera hablando con un amigo.

-…-

-¿Te dieron vacaciones en mi trabajo?- le pregunté, sonriendo y con un tono amigable, aunque también algo irónico.

-…-

-¿Ves? Ya me hice a la idea de mi muerte. ¿Gracioso, verdad?- comenté con sarcasmo.

-…-

-¿Puedes al menos contestar? Maldito demonio…

-No soy un demonio, mucho menos un ángel. Soy lo que alguna vez deseaste, aunque aún no lo hayas comprendido- respondió en tono burlesco, su mirada sutilmente dirigida hacia mí.

-¿Qué tratas de decir? ¿Eh? Maldito engendro, ¿estás insinuando que yo deseé esto? ¿Tan idiota me consideras? ¿Qué demonios significa eso?

-¡No importa cuán idiota te parezca! Jamás desearía algo tan estúpido como esto- se levantó del sillón, su rostro lleno de enojo y se puso frente a mí.

-…-

-¿Qué? ¿Regresamos al incómodo silencio? ¿O seguirás pretendiendo que no existo? Maldito engendro- le grité mientras caminaba hacia la puerta intentando salir, pero fue en vano.

-¿Y por qué no puedo salir? ¡Maldito seas!- le grité con rabia mientras golpeaba la puerta intentando liberarme, pero fue inútil. Ni siquiera mis

golpes eran audibles; algo invisible me impedía hacer contacto.

Parecía como si estuviera enlazado a la casa, pero al día siguiente, muy temprano en la mañana, descubrí que podía salir de la casa, siempre y cuando "él" lo hiciera también. Era como si estuviera unido a él, como si algo invisible me impidiera alejarme de mi propio cuerpo. Intenté correr, pero a unos cinco metros de él, me quedé inmóvil. Era como si algo me atrajera hacia él, como si un perro intentara escapar, pero su dueño tirara de la correa. No podía liberarme de "él".

Esto planteaba la pregunta: ¿era yo realmente un fantasma ligado a mi propio cuerpo? Y si así fuera... ¿estaré condenado a esta situación para siempre? Cada día traía consigo más preguntas que respuestas, y la sensación de impotencia se volvía aún más abrumadora.

Ese día en que decidí seguirlo, todo adquirió una fascinación nueva. Era como si estuviera viendo el mundo por primera vez en años. La luz del sol se filtraba entre las nubes, creando un mosaico de sombras y luces sobre el suelo. Las flores y plantas a lo largo de nuestro camino resplandecían en su belleza, como si cada pétalo y hoja hubiera sido pintado por un artista divino. Las rosas en particular, con sus colores vibrantes y fragancia embriagadora, me llamaban la atención, pero mis manos pasaban a través de ellas como si fueran meros sueños.

Los niños jugaban en el parque con una alegría desenfrenada. Sus risas llenaban el aire y sus juegos parecían una danza de la inocencia. Aunque intenté agarrar la pelota que rodaba por el césped o acariciar el cabello de uno de los niños, todos mis esfuerzos resultaron en vano. Me sentí como un espectador impotente, condenado a observar sin participar.

La multitud que llenaba las calles no parecía tener un rumbo definido. Familias enteras caminaban juntas, padres sosteniendo las manos de sus hijos, parejas jóvenes compartiendo risas y miradas cómplices. Bellas señoritas con vestidos coloridos y sombreros elegantes añadían un toque de gracia al panorama. Cada persona que veía parecía tener una historia única, un propósito en su vida, y yo, atrapado en mi estado fantasmal, era incapaz de comprender completamente sus vidas.

"Cuando posees algo, rara vez le prestas la debida atención o lo valoras en su totalidad", dijo con voz pausada y un toque de nostalgia. "Sin embargo, el día en que dejas de poseerlo, es cuando te das cuenta de la verdadera belleza que poseías y que no supiste apreciar".

A medida que avanzábamos sin rumbo fijo, una sensación de melancolía y desesperanza se apoderó de mí. Era desolador ser un ser intangible e invisible a los ojos humanos, un espectro en medio de tanta vida y belleza. El mundo que una vez conocí y al que no presté atención se había convertido en un tesoro inalcanzable, y mi nueva realidad era un

recordatorio constante de lo que había perdido.

Con esa filosofía barata, la caminata perfecta se desvaneció en el aire. Sin embargo, aprendí algo importante. Aprendí a mantener la calma y solo escuchar, ya que él no respondía a mis gritos y enfados. A veces, parecía tener una respuesta para cada uno de mis pensamientos, como si pudiera leer mi mente. ¿Acaso era psíquico?

Cuando llegamos al puesto de crepas y dulces, el aire se impregnó con el inconfundible aroma de masa cocinándose a la perfección y el dulce perfume del azúcar caramelizado. Me invadió una oleada de nostalgia. Este puesto solía ser el refugio al que solíamos recurrir Helena y yo cuando las cosas se volvían difíciles, un lugar para reconciliarnos con los pequeños placeres de la vida.

Fue entonces cuando me percaté de que nos dirigíamos al supermercado. Estaba a una cuadra de distancia, justo antes del puesto de comida. Esta revelación, aunque pequeña, era significativa. A pesar de que ahora estaba atado a él, nuestras rutinas diarias aún continuaban.

-¡Hey Alfredo!, ¡Cuánto tiempo! - se escuchó el animado grito de mi mejor amigo Fernando proveniente del puesto de comida.

-… Hola, sí jajá, ha pasado un tiempo. ¿Cómo has estado? - respondió el "falso Alfredo", como si fueran dos extraños que se encuentran ocasionalmente.

-Bien, ¿y tú? Escuché que terminaste con Helena. Lamento mucho eso - comentó Fernando con tono burlón, como si secretamente se alegrara por ello.

-Sí, supongo que nos dimos un tiempo. Pero me encuentro muy bien - dijo "Alfredo falso" en tono serio, aunque una sonrisa asomaba en su rostro, como si no le diera importancia a nada.

Esta vez, no me esforcé en gritar. Sería en vano, nadie escucharía mis reproches. Para todos, soy invisible.

-Bueno… Iré a terminar de comer. Solo salí a saludarte. Te invitaría, pero parece que tienes prisa - dijo Fernando algo incómodo.

-Sí jajá, vengo a hacer unas compras al supermercado. ¿Pero te gustaría salir esta noche? ¿A cenar o algo así? - preguntó el falso Alfredo con su sonrisa forzada.

-¿En serio invitarás a uno de mis amigos a cenar? ¿No tienes vergüenza? -

pregunté enojado e indignado.

-Mmm, esta noche creo que paso. Tengo cosas que hacer… ¿Te parece la siguiente semana?-

-Qué mentiroso maldito… - murmuré enfadado, como si me estuviera escuchando.

-Oh, está bien. Bueno, iré a comprar las cosas. Nos vemos luego - dijo con tono alegre mientras cortaba lo que quería decir.

Fernando, descansa los sábados. Hoy es viernes y él tiene el turno maldito de la mañana. Sale a las 2 y luego tiene libre toda la maldita tarde. El desgraciado no quería acompañarme - dije indignado y furioso.

-En todo caso, me lo dijo a mí, no a ti. Si yo fuera él, tampoco saldría contigo, menos sabiendo la clase de amigo que eres y cómo tratas a las personas - dijo en voz alta, con un tono arrogante frente a todos, aunque parecía que solo yo lo escuchaba.

-Te he observado durante mucho tiempo. Sé qué clase de persona eres - dijo en tono solemne mientras nos dirigíamos a la entrada del supermercado.

Con esas últimas palabras, mi boca se selló y solo una pregunta se repetía en mi mente: ¿Quién demonios eres? En ese momento, era la única interrogante que realmente me importaba.

Al entrar al mercado, me sentí como un niño en una tienda de golosinas. Había una multitud de personas entrando y saliendo, y estanterías llenas de frituras y galletas. La fuente de sodas junto a la entrada era tentadora incluso solo de verla. En mi mente, podía imaginar el delicioso olor de la comida recién hecha: hamburguesas, pizza, tacos... Pero eso era todo lo que podía hacer, imaginarlo. No podía oler ni mucho menos saborear. Incluso el viento que soplaba desde la puerta me resultaba inalcanzable. Todo pasaba a través de mí.

Mi momento de asombro fue breve, ya que el falso Alfredo tomó una canasta y comenzamos a recorrer pasillo tras pasillo. Él iba colocando cosas en la canasta: harina, café, huevos, aceite, jabón. Finalmente, llegamos al pasillo de frutas y verduras, donde encontramos de todo. Entre las opciones estaban las manzanas amarillas, mis favoritas por su dulzura. Él elegía una variedad de productos y yo me sorprendí. Habitualmente, Helena se encargaba de hacer las compras por mí. Al ver una manzana amarilla grande, nuestros ojos se encontraron. Me emocioné como si no la hubiera probado en mucho tiempo, pero al intentar agarrarla, esta simplemente pasó a través de mi mano. Como si de repente me hubiera olvidado de mi naturaleza espectral, experimenté una

oleada de frustración hacia mí mismo. Me sentí impotente.

Con esas últimas palabras, mi boca se selló y solo una pregunta se repetía en mi mente: ¿Quién demonios eres? En ese momento, era la única interrogante que realmente me importaba.

El mercado se extendía ante nosotros como un laberinto de colores y sabores. Estanterías abarrotadas competían por nuestra atención, exhibiendo una profusión de productos enlatados, frescos y envasados. Las etiquetas de precios y marcas se entremezclaban formando un tapiz visual vibrante y caótico.

A medida que nos adentrábamos, el aroma de frutas frescas y verduras recién cosechadas llenaba el aire con su fragancia vivificante. Las manzanas amarillas despedían una dulzura tentadora, invitándome a saborearlas, aunque sabía que eso ya no era posible. Cada rincón del mercado exudaba una fragancia distinta: la tierra de las patatas, la frescura de las fresas y el verdor de las lechugas.

Al acercarnos a la fuente de sodas, el aroma de pizzas recién horneadas y hamburguesas jugosas se volvía irresistible. Era como si pudiera saborear cada bocado, pero era solo una ilusión.

El mercado bullía con actividad, la gente charlaba animadamente y los carros se desplazaban de un lado a otro cargado de compras. El ambiente era fresco y lleno de vida. Sin embargo, desde mi perspectiva, todo ese movimiento y actividad parecían ocurrir en un plano diferente, como si estuviera observando desde fuera de la realidad, incapaz de participar.

Cada paso que dábamos, cada aroma que inhalaba, era un recordatorio constante de mi condición, una mezcla agridulce de asombro y frustración, de belleza y desesperación. Me sentía atrapado en una burbuja invisible, observando el mundo pero sin poder formar parte de él.

El momento de asombro ante la manzana fue breve. El falso Alfredo tomó una canasta y comenzamos a recorrer pasillo tras pasillo, llenándola con productos que solían ser elegidos por Helena. Al llegar al pasillo de frutas y verduras, encontramos de todo. Entre las opciones estaban las manzanas amarillas, mis favoritas por su dulzura. Él elegía una variedad de productos y yo me sorprendí. Habitualmente, Helena se encargaba de hacer las compras por mí. Al ver una manzana amarilla grande, nuestros ojos se encontraron. Me emocioné como si no la hubiera probado en mucho tiempo, pero al intentar agarrarla, esta simplemente pasó a través de mi mano. Como si de repente me hubiera olvidado de mi naturaleza espectral, experimenté una oleada de frustración hacia mí mismo. Me sentí impotente.

-¿Por qué?... ¿Por qué tengo que pasar por esto? ¿Por qué yo? Porque… Maldita sea…- grité con un odio hacia mí mismo por lo que estaba pasando, como si fuera mi culpa el no poder hacerlo.

-Jajajaja, ¿En serio vas a llorar por algo como eso? Eres muy gracioso Alfredo. ¿Primero querías morir y ahora quieres vivir? Jajaja- Lo dijo con una sonrisa y un tono muy burlón mientras agarraba la manzana amarilla.

-…- No pude articular ni una sola palabra, simplemente no salían de mi boca, por más que me esforzara.

-¿Sufres? ¿Por qué? ¿Por no poder oler? ¿Por no poder comer? O ¿Será porque no te pueden ver o escuchar?- preguntó con un tono cargado de resentimiento y tristeza mientras me miraba fijamente.

-Que…-

-Mejor disfruta tu muerte, que yo disfrutaré de tu vida- me dijo mientras sostenía mi mirada, sus ojos transmitían una tristeza que jamás había sentido…

Después de esas palabras, caí en un estado de shock profundo, seguido de una tristeza abrumadora. Era una tristeza hacia mí mismo, porque de alguna forma, yo me había buscado esto… A pesar de sus palabras, nadie más las había escuchado. Parecía que yo fui el único que se percató de su significado, pero no pude responder a ellas. No pude dejar de llorar, ni de liberarme de este sentimiento de impotencia… de tristeza. Después de seleccionar la última fruta, todo volvió a ser silencio entre nosotros. Luego, él procedió a pagar las compras y regresamos a casa. Para él, volví a ser invisible, algo que podía ignorar. Yo ya estaba harto… ¿Por qué debía aguantar esto? ¿Qué hice para merecerlo?

Fin del

Capítulo 2

Capítulo 3

“Regresión Espiritual Parte I: Infancia Perdida”

(Reescrito)

He estado pensando y resignándome a esto, pero aún no puedo hacerme a la idea... He tenido lapsos en los que siento que no estoy donde debería. Es como si el tiempo pasara sin que me dé cuenta. ¿Por qué sigo aquí? ¿Qué propósito tiene? ¿Será esto lo que hay después de la muerte? He perdido la noción de todo, incluso he tenido sueños. ¿Un espectro con sueños? Se siente tan absurdo. Incluso ahora, no sé si estoy soñando o despierto. Todo está oscuro, incapaz de percibir lo que está frente a mí. Siento que esto ya lo he vivido antes... A lo lejos escucho una voz, una risa...

- Jajaja...

- Oye, no te rías. Es una falta de respeto a la familia. Tómate esto más en serio.

- ¿Qué está pasando? -grité desesperado y asustado al no saber dónde me encontraba.

- ¿Y qué importa si me estoy riendo? ¿Acaso vez a alguien quejarse? -

- ¡¿Qué diablos está pasando aquí?! -grité más fuerte, enojado. Parecían saber que estaba aquí, pero me ignoraban.

- Ya lo sé, Fernando, pero es un maldito funeral. Debes mostrar respeto, al menos por los familiares.

Por supuesto, aquí está la parte revisada:

- ¡¿Fernando?! ¡¿Un funeral?!... ¿Esto es otra de tus bromas, ¿verdad? ¡Sácame de aquí, maldito! - Grité con desesperación, incapaz de moverme o ver algo.

El grito rasgó el aire, impregnado de pánico y frustración. Mis palabras resonaron en la penumbra, pero no hubo respuesta, solo un ominoso silencio como respuesta a mi llamado. El nombre de Fernando flotó en el aire, cargado de inquietud, como si evocarlo pudiera desentrañar el misterio que me aprisionaba. Sentí una impotencia abrumadora al no poder moverme, como si cadenas invisibles me sujetaran firmemente en aquel lugar oscuro y desconocido. Era como si el mundo entero se hubiera sumergido en un abismo insondable, y yo estaba suspendido en su centro,

incapaz de escapar.

Arian intervino, tratando de calmar la situación, aunque su tono estaba cargado de misterio...

- Arian, no seas aguafiestas. Eso ya no importa y no es como si le importara, ¿o sí? ¿Lo ves quejarse acaso? Yo no lo veo.

- ¡¿Qué está pasando?! ¡Oigan, sáquenme de aquí, no puedo moverme!

- Aparte, ¿qué importa? No es como si me importara. Nunca me cayó bien.

- A mí tampoco, pero es su funeral. Al menos mantén la compostura y compórtate, por favor, Fernando.

- ¿Funeral? ¿Funeral de quién? Dejen de decir payasadas y sáquenme de aquí de una m*lda vez, ¡maldita sea!

Después de que terminó de hablar, frente a mí se iluminó de repente como si hubieran abierto una puerta, y la luz me cegó por completo. No podía ver, pero podía escuchar...

- Ves, yo no veo ninguna queja de su parte.

Cuando finalmente pude ver con claridad, yacían frente a mí dos de mis mejores amigos, sonriendo. Estaba inmóvil, sin poder moverme ni hablar, acostado en una caja fúnebre. Escuchaba a gente llorar en el fondo y otros riendo...

- ¡¿Qué demonios está pasando aquí?! -Grité a todo pulmón, lleno de miedo y desesperación, temiendo lo peor al ver que mis amigos sonreían fijamente.

De repente, todo se volvió oscuro como si un destello cegador me envolviera. Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba recostado en mi cama, como si todo este infierno vivido hubiera sido un sueño que llegó a su fin. A mi lado yacía Helena, mi Helena...

- Este maldito sueño llegó a su fin -dije en voz baja.

Al tomarla del hombro para ver su rostro, Helena abrió los ojos y luego me miró fijamente con una voz fría e intimidante contestando a mis palabras...

- No, no es un sueño.

- ¿Qué...?

Antes de que pudiera terminar mi pregunta, Helena desapareció como si fuera un espejismo. En su lugar, me encontraba a mí mismo, mirándome fijamente.

- Es hora de despertar -dije con una voz fría y seria, como si fuera un regaño, con una mirada igualmente fría.

Cuando abrí mis ojos nuevamente, me encontraba en el sofá, sentado. Al lado mío, estaba mi propio cuerpo.

- ¿Qué diablos pasó?... ¿Qué fue todo eso? -pregunté confuso y desconcertado, aún aterrorizado por lo que había experimentado. Si eso hubiese sido un sueño, fue demasiado real y aterrador.

- ¿Acaso los fantasmas también sueñan? -pregunté en voz alta, esperando alguna respuesta que aclarara la confusión. Pero no hubo respuesta alguna.

Tras pasar unos minutos, mi mano comenzó a sentirse extraña, como si no pudiera moverla. Volteé para ver qué estaba ocurriendo y entré en estado de shock. Estaba horrorizado y grité con desesperación, lleno de terror, ya que no tenía idea de lo que estaba sucediendo ni de cómo solucionarlo. Mis manos empezaban a desvanecerse, perdiendo color. Podía ver a través de ellas...

- Regresión espiritual -dijo en tono serio mientras miraba la televisión.

- ¿Qué...? -las palabras apenas salían de mi boca, tartamudeando de la impresión, mientras las lágrimas comenzaban a correr por mis mejillas sin control.

- No puedes hacer nada, es inevitable. Solo queda desaparecer. ¿Recuerdas lo que te dije antes, ¿no? -volteó a verme con la mirada seria y una leve sonrisa en su rostro...

-...

- Te dije que disfrutaras de tu muerte, que yo disfrutaría de tu vida.

Todo frente a mí se desvaneció y comencé a caer en la oscuridad, hacia la nada. De golpe, desperté en mi cama una vez más... Comencé a gritar y a llorar, cerrando mis ojos y esperando lo peor. No pude resistirlo más...

- Todo está bien, mi niño. Estoy aquí, mamá está contigo -con una voz

cálida y acogedora, una voz familiar...

Cuando abrí los ojos y miré quién era, no

pude contener mi llanto y me aferré a ella con tanta desesperación... como si se fuera a desvanecer. La persona era mi madre, mi madre que murió hace 5 años a la edad de 53. Murió de cáncer cuando yo tenía 21 años... No quería soltarla y mucho menos alejarme de ella.

Cuando por fin pude dejar de llorar, mi madre fue a encender la luz y me percaté... Mi madre es más grande que yo, mi cuarto es diferente... tenía posters de lucha libre, juguetes e incluso mi viejo reproductor de VHS... Al verme desconcertado, mi madre se abalanzó hacia mí para tranquilizarme... y al sentir su calidez, su cálido abrazo... me percaté, volví a cuando tenía 9 o 10 años. ¿Un sueño quizá? No lo sé, pero de algo estoy completamente seguro... no puedo dejar de llorar.

- Todo estará bien, mi niño. Mamá te ama -con una sonrisa y un cálido beso en la frente, volví a quedar dormido...

Fin del

Capítulo 3

Capítulo 4

“Regresión espiritual Parte II: detrás de su sonrisa”

El control de mi llanto vino acompañado de una profunda somnolencia en los brazos de mi madre. Al despertar al día siguiente, me invadió una sensación exaltada y la incertidumbre de si todo aquello era real o apenas un sueño. Al mirar alrededor, mis posters y mi viejo VHS continuaban en su lugar en la habitación. Era el sábado 12 de abril, un día antes del cumpleaños número 49 de mi madre.

Me vestí y salí a desayunar, como si hubiese entrado en un sueño hecho realidad, uno del que nunca quisiera despertar. Al abandonar mi cuarto, un aroma nostálgico flotó en el aire, desencadenando recuerdos de mi infancia. Parecía como si estuviera reviviendo esos tiempos, pero algo no encajaba. Un dolor profundo se anidó en mi pecho, una punzada constante que recordaba que nada de esto era real; mi madre ya hacía tiempo que me había dejado.

"Ya casi está el desayuno, mi niño", dijo ella con una sonrisa, una sonrisa cálida y acogedora que me envolvió.

Ver a mi madre preparando el desayuno, viva y sonriente... el dolor en mi pecho se volvía más intenso con cada latido de mi corazón. Los días posteriores se volvieron aún más extraños. Salíamos juntos, jugábamos, nos divertíamos como nunca antes. Fuimos al parque acuático, hicimos cosas que nunca habíamos hecho juntos. Por fin, pude tener esos momentos que siempre había anhelado. Todo parecía un sueño... Pasaron los días, luego las semanas, y posiblemente incluso meses. Todavía estaba junto a ella, jugando durante el día y llorando en silencio por las noches, temiendo que al despertar, ella ya no estaría.

" Mamá, te amo mucho, lo sabes", intenté decir, pero la oscuridad me envolvió, dejándome sin palabras ni sonidos.

"Eres una idiota", resonaron gritos de enojo a lo lejos.

Silencio... No podía articular palabra ni respuesta alguna.

"¿Qué diablos has hecho? ¡¿No ves que todo estaba perfectamente colocado en mi escritorio?!", los gritos mezclaban furia, enojo y desesperación.

Silencio...

"¡Eres inútil! ¿Qué hice yo para tener una madre como tú? ¡Si no puedes

moverte, simplemente no lo hagas!".

Tras ese grito final, todo se volvió más claro, como si fuera un castigo divino. Observé la escena a unos metros de distancia. Yo era quien gritaba, y frente a mí estaba mi madre. Esta escena ya había ocurrido, meses antes de que mi madre falleciera.

"Yo solo quería ayudar", la voz de mi madre resonó en mi mente. No podía escucharme a mí mismo gritar, solo su voz en mi cabeza.

"No sé cuánto tiempo estaré contigo... Solo quiero que, hasta en mis últimos momentos, me recuerdes como siempre fui. Pero mi cuerpo ya no es el mismo..."

Palabra tras palabra, su voz cálida se grababa en las fibras más íntimas de mi ser, dejando una calidez y dulzura que había olvidado, un eco que resonaba en lo más profundo de mi alma. Sin embargo, a medida que sus palabras se aferraban a mí, crecía una impotencia inmensa. No podía deshacer lo que había hecho ni prever lo que haría. Una amalgama de rabia y tristeza absoluta me invadió por completo. Aunque quería pronunciar palabras que pudieran consolarla, sabía en lo más profundo de mi ser que estas nunca alcanzarían su verdadero propósito, dejándome así sin habla.

"No, mamá... Lo siento, yo...". Las lágrimas nublaban mi visión, y la impotencia me impedía continuar.

“Todo está bien, mi vida”, me miró con sus ojos llenos de lágrimas, pero su mirada irradiaba una ternura que me envolvió como un cálido abrazo. En ese momento, pude sentir el amor incondicional que fluía de ella hacia mí, como un río de cariño que nunca se agotaba. Sus palabras fueron un bálsamo reconfortante para mi alma, un recordatorio de que, a pesar de todo, siempre sería su niño querido, sin importar lo que hubiera sucedido. En sus ojos, vi la promesa de un amor eterno que trascendía el tiempo y el espacio, un lazo indisoluble que nada podía romper. Sus lágrimas eran testigos de la profundidad de ese sentimiento, una mezcla de orgullo, gratitud y un amor tan puro que iluminó mi corazón, disipando cualquier sombra de duda o temor.

"Todo esto ya pasó y todo está bien, mi niño. Siempre serás mi hijo...", sus palabras resonaron en el silencio, como una melodía de consuelo que se grabó profundamente en mi alma. Las lágrimas fluían de sus ojos, cada una de ellas llevando consigo un amor incondicional y una comprensión que me abrazaron como el más cálido de los mantos. En ese momento, mis lágrimas se unieron a las suyas en un torrente de emociones liberadoras. No podía contener la avalancha de sentimientos que se agolpaban en mi pecho, ni quería hacerlo. Era un momento de pura conexión, un instante en el que el amor de una madre trascendía

cualquier barrera, dejándome en un estado de vulnerabilidad y gratitud que nunca olvidaría.

"Aunque me grites, me regañes, me insultes, aunque te enfades conmigo, aunque peleemos o me maltrates, siempre serás mi hijo. Siempre te amaré, aquí y en la otra vida", dijo con una sonrisa cálida y lágrimas en sus ojos.

"Te amo, mamá... Perdona por todo... Yo no merezco...". Antes de poder terminar, todo a mi alrededor se oscureció.

"Mamá también te ama", fueron sus palabras de despedida antes de sumergirse en la completa oscuridad, su sonrisa aún presente en mi memoria, una sonrisa cálida y acogedora que nunca volveré a ver.

FIN DEL CAPITULO

Capítulo 5

"Regresión espiritual Parte III: Acciones Contradictorias"

Una vez más, me encontraba en la oscuridad. Era como si el tiempo y el espacio se desvanecieran, y cuando menos lo esperaba, me vi transportado a un cine. No estaba solo; Helena estaba a mi lado, su rostro iluminado por la luz tenue de la pantalla. El olor a palomitas de maíz llenaba el aire mientras las luces se apagaban por completo y la película comenzaba.

Mi corazón latía con emoción, y me volví hacia Helena, buscando ver la misma anticipación en sus ojos. Su sonrisa era tenue, un reflejo de la mía, pero no había la misma chispa en sus ojos.

- ¿Qué te pareció la película, Helena? ¡Fue increíble, ¿verdad?! - pregunté, mis palabras llenas de una exuberancia que pronto se desvanecería.

¿Otra vez en esta escena? ¿Debo revivir estos momentos, sin poder cambiar nada? Me pregunté, observando a Helena, a mi Helena, con una sensación de tristeza que se mezclaba con la anticipación.

-Sí, fue... interesante. La trama tenía giros inesperados. - asintió Helena con una sonrisa forzada, sus ojos transmitiendo un matiz de apatía que no pude ignorar.

La realidad de mis acciones pasadas golpeó como un martillo. Me di cuenta de que aquella película no era una elección compartida, sino una imposición de mis propios gustos. Aun sin poder disculparme, seguí siendo un espectador en esta película de mi propia vida, donde pareciera que yo era el villano.

- ¡Exacto! Los giros fueron lo mejor. Y el personaje principal... ¡ni hablar! ¿Qué te pareció? - intenté mantener la emoción en mi voz, pero el brillo en mis ojos estaba empezando a perder su intensidad.

El tono de Helena cambió sutilmente, una mezcla de seriedad y molestia envuelta en sus palabras. - El personaje principal tenía mucha profundidad, sin duda. Interpretó su papel de manera convincente.

- ¡Exacto! Definitivamente merece todos los premios que ha recibido. - mi sonrisa ahora era una fachada, como si intentara compensar la incomodidad que estaba empezando a sentir.

Tras ver tal escena de cómo yo era el único feliz, el único emocionado, pero finalmente, mis palabras se topaban con la tristeza en los ojos de Helena. Había sido mi elección, mi entusiasmo, y no me había detenido a

considerar si ella había tenido una experiencia igualmente placentera. No pude reír, gritar ni mucho menos llorar. Me sentí atrapado en una realidad que no podía cambiar, en una historia mal contada donde el protagonista, yo, era el culpable.

Mis pensamientos se desvanecieron una vez más y me vi envuelto en la inmensa oscuridad, atrapado en la nada una vez más. Era como si el universo me empujara a confrontar mis propias acciones, a cuestionar quién era y quién quería ser.

Recordé que ese mismo día en la noche, decidí invitar a Helena a cenar en un lugar que, para mí, era especial. Pero ella, con una sonrisa amable, declinó la invitación, expresando su preferencia por una cena tranquila en casa. Sin embargo, yo insistí, creyendo que mi elección sería una sorpresa agradable para ella.

La llevé casi obligada a ese lugar, donde el ambiente era animado y lleno de gente. Eran lugares que yo frecuentaba con mis amigos, no con una pareja. Mientras nos acomodábamos, noté en sus ojos una mezcla de incomodidad y resignación. A pesar de su intento por ocultarlo, pude sentir su descontento, no se por qué en ese momento… no le tome importancia.

Durante la cena, traté de mantener la conversación viva, pero no podía evitar notar que Helena no se sentía en su elemento. Su mirada vagaba por el lugar, como buscando una salida. Ahora me doy cuenta…. Me di cuenta de mi error, de no haber considerado sus deseos y preferencias, no estaba compartiendo una cena íntima con la mujer que amaba, sino llevándola a un lugar incómodo para ella.

El resto de la velada transcurrió en un ambiente tenso, a pesar de mis esfuerzos por hacerla sentir cómoda. Helena, con su amabilidad característica, trató de disfrutar del momento, pero yo sabía que había cometido un error.

Al finalizar la cena, mis ojos se encontraron con los de Helena, pero las disculpas no salieron de mis labios. Seguí adelante como si nada hubiera pasado, convencido de que mi elección había sido acertada. Helena, con esa comprensión que la caracterizaba, aceptó la situación con una sonrisa, pero pude percibir que mi error había dejado una marca.

Mis pensamientos se desvanecieron una vez más y me vi envuelto en la inmensa oscuridad, atrapado en la nada una vez más. Era como si el universo me empujara a confrontar mis propias acciones, a cuestionar quién era y quién quería ser.

FIN DEL CAPITULO